

EL OCASO DEL ETNONACIONALISMO Y EL CRETINISMO BUENISTA

LuisBouza-Brey

Comentario a "El mal momento catalán y español", de Enric
Company en "El País" del 24-11-17



Aunque con algo de retraso, me interesa comentar este artículo de Enric Company, pues creo que recoge la esencia del problema del nacionalismo

catalán, y que consiste en la rendición ante él por parte del cretinismo buenista, lo que fomenta el etnicismo irrestricto, el victimismo y el desfondamiento y balcanización del sistema político.

La definición académica de cretino es la de aquél que no tiene criterio. El único criterio de los cretinos buenistas es hacerse perdonar la existencia de los demás españoles al nacionalismo étnico, vaciándoles con dádivas y privilegios las propias alforjas hasta que apacigüen su cabreo por una temporada.

La lógica de esta situación está ínsita en el artículo de Company que comento, y que paso a relatar.

Según Company, el culpable de todo es el PP, que no entiende "a los catalanes", que por eso se hacen independentistas.

El giro de los convergentes desde el autonomismo al independentismo es culpa del PP, según Company.

La involución del autonomismo-federalismo de los convergentes hacia el independentismo es resultado de la incomprensión de los demás, según los cretinos buenistas como Company, pues no se les ha dado la independencia camuflada de facto que solicitaban, al rechazarse el Concierto insolidario, y el blindaje del control cultural, educativo, idiomático y mediático en la xenofobia, la exclusión y el anticonstitucionalismo.

La supuesta "incomprensión" hacia el nacionalismo catalán ha llegado a un máximo cuando el poder judicial ha comenzado a destapar el clientelismo corrupto: entonces se les ha hecho patente a los nacionalistas la necesidad de separarse de un Estado que no entiende las necesidades de la "construcción nacional" y que encima "les roba", obligándoles a realizar filigranas financieras para defenderse frente a la escasez de recursos "nacionales".

La "comprensión" hacia el nacionalismo catalán por parte del cretinismo buenista ha condicionado todo el proceso de transición política desde sus orígenes, otorgando una fuerte influencia a Roca-Pujol en la configuración de un modelo de Estado autonómico sin límites precisos, llevando a la aprobación de una ley de normalización lingüística contraria al español y al pluralismo, suspendiendo todo tipo de controles estatales sobre el sistema educativo, y otorgando una posición de influencia constante y creciente al bisagrismo convergente durante treinta y pico de años.

Pero la supuesta "incomprensión" ajena ha tocado techo cuando la corrupción familiar de los Pujol ha sido destapada, cuando el despilfarro y el clientelismo desbocados han provocado la quiebra financiera; y cuando han aparecido nuevas bisagras políticas. En esta nueva situación, el nacionalismo se ha hartado de "incomprensión" y ha decidido romper e irse, por causa de la injusticia y "rechazo" de sus anhelos.

Por eso, para Company y demás cretinos buenistas, hay que recomponer los vínculos rotos y dar al "incomprendido" catalanismo lo que éste viene pidiendo desde sus orígenes: un status de confederación e independencia fáctica y tácita con respecto a España, si se desea evitar que la ruptura se haga expresa.

Para realizar todo este viaje, al buenismo se le han agotado las alforjas, y sin embargo sigue suplicando al déspota malcriado nacionalista que acepte no dar forma expresa a la ruptura, a cambio de regalarles el status privilegiado que acabará por balcanizar todo el país, al hacer pasar a la situación de siervas explotadas a las demás regiones, paganas de un chantaje permanente y consumado, inquilinas de un mercado cautivo y esclavas de una relación bilateral Estado-Generalitat desequilibrada por el chantaje y el privilegio.

Una situación como la dibujada ha llegado a un umbral diferencial: o se continúa exprimiendo sus condiciones hasta la explosión balcánica, o se restablece el equilibrio y el orden constitucional pervertido imponiendo al nacionalismo étnico el cumplimiento de los principios democráticos y respublicanos de la lógica convivencial. El etnicismo y el buenismo cretino han tocado techo; no hay más salida que un pacto de Estado entre los actores políticos constitucionalistas capaz de restablecer el orden constitucional y democrático pervertido por un proceso de degradación prolongado por cuarenta años.

En síntesis: O se asume la crisis global, o el sistema revienta.

El mal momento catalán y español

Enric Company en "El País" del 23-11-17

https://elpais.com/ccaa/2017/11/23/catalunya/1511458871_023111.html

Cataluña vive un mal momento, que es una de las caras del mal momento que vive España. La crisis del modelo constitucional que ha llevado a la suspensión de la autonomía de la Generalitat relativiza otros aspectos de este desastre colectivo. Sin esta crisis, las múltiples evidencias de corrupción en el PP habrían impedido la investidura de Mariano Rajoy como presidente del Gobierno en 2016. Y habrían obligado al PP a llevar a cabo alguna operación al estilo de las emprendidas por Unió y Convergència a partir de

2014 tras el estallido de los escándalos del pujolismo. Liquidación, refundación, nuevo inicio, etcétera. Reconfiguración de las derechas.

Los entusiastas gritos de “a por ellos” que en unas cuantas ciudades españolas acompañaron el 25 de septiembre la salida de los contingentes policiales enviados a Cataluña por el Gobierno de Rajoy son probablemente una de las expresiones más significativas de este mal momento español. Son gritos de hostilidad. Luego les han seguido otros eslóganes igualmente sectarios, igualmente inciviles. Son el resurgir de un anticatalanismo que llevaba bastante tiempo adormecido, desde los años de la Transición, pero que estaba ahí. Si se le azuza, funciona, es de sobras conocido. El anticatalanismo fue descrito hace tiempo como la ideología de masas del nacionalismo españolista. El PP lo sacó de su fondo de armario en 2006 cuando lanzó en toda España la campaña contra el proyecto de Estatuto catalán. En Andalucía, donde saltaron hace dos meses los primeros gritos de “a por ellos”, el PP de Javier Arenas lanzó en 2006 una campaña contra el nuevo Estatuto catalán bajo la acusación de perjudicar a Andalucía. Aquella campaña era un acompañamiento de la recogida de firmas contra el Estatuto organizada por el PP en toda España y fue presentada a la prensa en Sevilla por el secretario general del PP andaluz, Juan Ignacio Zoido. El mismo que ahora como ministro del Interior dirige a los policías aclamados y despedidos al grito de “a por ellos”. El enunciado de la campaña de 2006 era este: “El pacto de Zapatero con el nacionalismo catalán perjudica a los andaluces, y Chaves no hace nada para remediarlo”.

No es solo esto. Otra expresión del enconamiento civil son los llamamientos a no comprar productos de origen catalán. El antecedente inmediato es el boicot contra el consumo de cava lanzado por Esperanza Aguirre cuando era presidenta de la Comunidad de Madrid. Pero no era una novedad histórica. Iniciativas como estas tuvieron mucha fuerza en algunas partes de España

en la década de 1930, durante los debates sobre el Estatuto de Autonomía de la Segunda República. Ahora han reverdecido también y son otra expresión del españolismo anticatalanista. Han tenido éxito. De momento, más de 2.500 empresas, y no precisamente las más pequeñas, han dejado de ser catalanas para pasar a ser españolas en un intento de sacudirse el estigma político y no perder cuotas de mercado. Un buen botín.

La jugada le ha salido redonda al PP. El recurso al anticatalanismo en toda España puso al PSOE a la defensiva a partir de 2006 y lo dividió al dar alas en su seno a los sectores que lo comparten. En Cataluña los ha dividido hasta el extremo de que el PSC ya no gana ni siquiera las legislativas. Envuelto en la bandera de España, el PP ha tapado con ella las vergüenzas de la corrupción que le corroe. Ha exasperado al nacionalismo catalán, promoviendo una radicalización en la que los autonomistas han perdido la hegemonía en el movimiento catalanista en beneficio de los independentistas.

Llegados a este punto, Cataluña ha vivido desde 2012 una experiencia que no sorprende a quienes conocen con detalle su historia política. Esquerra Republicana y la CUP, dos partidos sin cultura de gobierno ni de pacto, han dirigido la política del país. Son fuerzas que en 1978 rechazaron el consenso constitucional y lo vivieron como una derrota. Entonces eran muy minoritarios. Ahora, han vivido el fracaso del autonomismo como una gran oportunidad. Ellos han marcado los pasos de la coalición de gobierno presidida por un ex convergente, Carles Puigdemont. El resultado de que ERC y la CUP dirigieran la política catalana está a la vista: la Generalitat intervenida por el Gobierno del PP y el Gobierno del PP sin oposición en el parlamento español. Los miembros del Gobierno catalán, detenidos o huidos. El presidente de la Generalitat, huido. El independentismo ha malbaratado su oportunidad y ha provocado además la humillación del país. Que quienes

han llevado a Cataluña a este desastre pidan la reelección en unas elecciones roza el surrealismo. También aquí urge una reconfiguración.